

Quinta carta

(Buscando las bases teológicas)

Uno de los temas más recurrentes en un grupo de oración es el del amor primero, sobre todo cuando ese grupo lleva mucho tiempo caminando. A la gente le suele invadir la sensación de haber ido para atrás. Ya no tiene el entusiasmo, la emoción y los ardores de la primera época. Hasta cierto punto eso parece verdad pero, si fuera así, de poco nos valdría la perseverancia a lo largo de los años en una oración que no nos reportara crecimiento alguno. Si hemos intentado con sencillez seguir al Señor esa sensación necesariamente tiene que ser falsa. No estamos entendiendo bien las cosas y erramos en la perspectiva. En relación con un pueblo como el de Maranatha la creo totalmente falsa.

Así comencé yo una homilía en Mayo de 2008 en Maranatha, una homilía que no tiene gran cosa de especial, pero que en un contexto de conflicto se han agregado y proyectado sobre ella una serie de fantasmas y hasta malas intenciones, cuando no es otra cosa que una homilía. La verdad es que en sí no merecería dedicarle una carta pero por tratarse del tema de Jesucristo y por ir en búsqueda de lo que es nuclear en Maranatha, sí lo voy a hacer. El evangelio que se leyó en la Misa fue sobre la unidad, de Juan 17, 20-26. Lo bueno de estos tiempos es que normalmente las charlas y homilías se graban y aunque ésta, después de grabada, no fue puesta a la venta, como suele hacerse, ni se subió a la página web por orden superior, está suficientemente extendida entre los que han querido o quieran escucharla.

Siguiendo con el tema del amor primero tengo que decir que personalmente llevo treinta y dos años largos asistiendo a la oración. Hubo una primera euforia y un primer entusiasmo que yo agradecí porque me sirvió para engancharme. La referencia no fue, en un primer momento, el Señor sino el experimentar otro modo de vivir la fe y la pastoral. La novedad en los gestos, el estilo y la acogida me cautivaron. Nunca había encontrado un grupo tan cercano, tan libre y tan cálido. Me tragué el anzuelo de la sonrisa, del abrazo, de la música, de lo distinto y juvenil que

en aquel momento era patente. Me sentí bien y comencé a necesitar que llegara pronto el miércoles para volver al grupo.

No me quedé ahí. Por pura gracia, pronto comencé a vivenciar el contenido espiritual que se ocultaba tras una apariencia humana tan acogedora. No entré por la puerta grande, nadie me necesitaba; aun siendo sacerdote y prior de un convento con más de cien frailes, no me pidieron en varios años, ni una misa, ni una predicación, ni la más mínima actividad pastoral. El necesitado era yo, también sin darme mucha cuenta. Yo necesité el calor del grupo y lo recibí y, en ese humus, el Espíritu empezó a germinar en mí. Mi necesidad tampoco era perentoria. No buscaba, en apariencia, ser salvado de ninguna pobreza. No venía cargado de fracasos, complejos y traumas vitales sino de un equilibrio y de un éxito humano suficientes para llenar mi autoestima. Me encontraba a gusto conmigo mismo.

A lo largo de los años, pasó ese calor de neófito. Fui descubriendo vivencialmente la obra del Espíritu. Ya no se trataba de estudiar, como había hecho hasta ahora, sino de acoger, de vivenciar. Descubrí la palabra don y supe acomodar mi vida a esa realidad. Siempre me entusiasmó la frase de Jesús a la Samaritana: *Si conocieras el don de Dios...* (Jn 4, 10). Este don es el Espíritu Santo, que es el don por excelencia. Un don es un presente, un regalo, algo que se recibe gratuitamente. Mi alma se abrió a la dimensión de la gratuidad y en ella encontré mi máxima bendición.

Todo esto me iba sucediendo en una comunidad, que al principio me fue muy gratificante pero que con el tiempo va mostrando todas sus pobreza y pecado. La convivencia engendra en cualquier lugar dificultades y hasta escándalos. En cierta ocasión me llamaron de un grupo de jóvenes de Vitoria. Éstos, antes de descubrir al Señor, eran amigos y se llevaban muy bien. Cuando se juntaron en grupo de oración les sobrevinieron todos los males: envidias, rivalidades, celos, divisiones, sospechas, presiones. Estaban a punto de disolver el grupo y perder la antigua amistad. Yo les hablé de que el pecado habitaba en su interior y de que era necesario que diera la cara para ser sanado, pero no todos los consejos que recibieron iban en la misma línea. Meses más tarde no pudieron con su propio escándalo y se disolvieron.

Sin embargo, en una comunidad de oración es necesario que sucedan estas crisis. El primer amor que no supere la prueba se revela como algo adolescente y sin consistencia. Querer volver a él no pasa de ser una nostalgia escapista. En efecto, el Señor actúa en nosotros con una pedagogía invertida: para ir creciendo en el espíritu necesitamos que se nos revele el pecado de nuestros bajos fondos. Debemos caminar hacia atrás y hacia abajo, como el cangrejo. La iluminación de nuestro pecado va

creando en nosotros la verdad que no es otra cosa que nuestra pobreza e impotencia nativa. Para que el Espíritu Santo actúe tiene que revelarse nuestra inconsistencia total. El correlato de la gratuidad es la pobreza de espíritu. Para que Dios pueda actuar como Dios en nosotros necesita que asumamos de lleno nuestra pobreza total.

Necesitamos, pues, a los hermanos para que nos zarandeen y nos revelen nuestro pecado. ¿Cómo voy yo a saber que soy un colérico si alguien no me crispa? Por debajo de las apariencias hay una obra sutil del Espíritu que sólo descubrirán los que perseveren. Pedro Reyero comparaba Maranatha a una plantación de borraja. En apariencia, esta verdura es áspera, rugosa e intragable. No atrae ni a los animales. Si le cortamos los flecos y limpiamos una por una sus pencas, resulta entre las verduras de cocción, una de las más finas. En mi opinión mucho más que el cardo, las acelgas, espinacas y demás congéneres. El que se escandaliza de que su pecado sea iluminado es una persona que no ama la luz y no entiende la gratuidad. Vive en los esquemas de las virtudes y del perfeccionismo. No ha descubierto el don. Por eso se pasa la vida clamando por el amor primero, un subterfugio nostálgico y poético del que no quiere pasar por la prueba y la cruz. En un grupo de oración este tipo de personas son una rémora; no crecen y lastran el crecimiento de los demás con sus criterios racionales.

Cuando pronuncié la homilía mencionada más arriba se provocaron una serie de problemas en el grupo. Muchos la discutieron y no la pudieron asumir. Como he dicho los dirigentes prohibieron su venta y no la subieron a la página web. Esta acción reactivó el conflicto y fue poniendo cada vez más en evidencia la diferencia de opiniones. Para algunos comenzó a estar claro que el agua y el aceite no se pueden mezclar en el mismo vaso. Yo no ahondé en ese radicalismo porque ni lo creía ni quería creerlo. Examinando lo dicho en la homilía veía claro que, sacándolo del contexto y de las turbulencias reinantes, a nadie le hubiera causado grandes inquietudes.

Unos días más tarde recibí una palabra del Señor que ya he comentado en la primera carta y en la que no quiero entrar de nuevo. Tampoco me interesa comentar la homilía al pie de la letra sino retomar la perspectiva de lo que es el verdadero crecimiento según allí lo expuse. Después de discutir el tema del primer amor dije que lo importante era entrar en lo esencial, es decir, en el don y en la identidad con la que el Espíritu ha marcado a este pueblo. Cité como de pasada la gratuidad sin internarme en ella y me centré en Jesucristo como principio de unidad. Pues bien, ese tema es el que quiero retomar en esta carta y en él quiero profundizar.

Lo que voy a decir es lo que yo he oído predicar a los grandes maestros de Maranatha y que comparto con ellos de todo corazón. En cierta ocasión asistió un miércoles Ms. Iniesta, obispo auxiliar de Madrid, a la oración de Maranatha. Perseveró las dos horas con nosotros. Al final, nos dirigió unas palabras y, entre otras cosas, insistió en la grata impresión que le había causado el hecho de que el centro de nuestra alabanza hubiera sido Jesucristo, no el Espíritu Santo. Tenía miedo de que fuéramos una iglesia del Espíritu, ajena a la encarnación y por lo tanto a la realidad de la vida, de la historia y de los demás.

Pienso que en este juicio del obispo se esconde una de las más bellas gracias del pueblo de Maranatha. Entre las características más definitorias de este pueblo está la de haberse librado de la carismatitis, dedicándose más bien a ahondar en la raíz profunda de donde procede todo don y todo carisma. Maranatha ha vivido, en todas sus épocas, una Renovación muy seria y muy discernida por los datos teológicos. No ha caído nunca en el ejercicio consumista de los carismas, de las sanaciones, de los descansos, de las liberaciones y de todo el folclore anexo a la acción del Espíritu. Hablo de ejercicio consumista, no de rechazo a tales cosas y a los que las practican. Los grandes carismas que han distinguido a Maranatha han sido el de la predicación kerigmática y el de la formulación teológica de nuestra realidad. En la actualidad, nuestro pueblo y, por asimilación, el resto de la RCCeE, no necesita ir a beber a fuentes extrañas ni escrudiñar bibliografías extranjeras porque tiene suficiente alimento en su propia casa.

Pues bien, siguiendo esta tradición que ahonda en lo que es nuclear y esencial, continué diciendo que hay una serie de valores e ideales muy importantes pero que no son principio de unidad. No nos reunimos en Maranatha para ser buenos ni para rezar ni para querernos ni para crecer en santidad ni para renovar la iglesia ni para compartir o escucharnos ni para atender a los pobres ni para una terapia ocupacional. Ninguna de estas cosas puede proporcionarnos unidad. Cualquiera de ellas nos embarcaría en continuas discusiones. Si nos reunimos con el fin de hacer oración, pronto discutiríamos sobre qué tipo de oración sería la mejor. Fuera de Jesucristo estos valores no nos unirían.

Ahondando un poco más tendríamos que decir que tampoco Dios sería un buen principio de unidad. Ni siquiera el Dios de los cristianos. Si nos reunimos para rezar o alabar a ese Dios también tendríamos que discutir acerca de la idea de Dios que tenga cada cual. Para unos Dios es exigente, justiciero, un Dios de orden, rígido, inflexible. Para otros Dios es un ser bueno que todo lo asume y no condena a nadie. Otros, finalmente, piensan que Dios es el motor del universo, la primera causa, el origen del movimiento, la suprema belleza, el padre de toda armonía. Otros, en

cambio, pensarían que Dios es el culpable de los terremotos, de los accidentes, del hambre, de la muerte y de toda miseria. Sin Jesucristo Dios no nos puede unir en Maranatha.

Si Dios no es un buen principio de unidad mucho menos lo serán las virtudes o dones por los que llegamos a él. La fe no es principio de unión o de convivencia porque ¿en qué creemos? Todas las religiones creen en algo y esa fe nos separa. Lo mismo hemos de decir de la esperanza y del amor, ¿en quién esperamos, a quién amamos? Entre los dones, tal vez podría unirnos el de inteligencia que nos hace penetrar en los misterios de la fe; pero, ¿de qué fe? O el de consejo que nos muestra el camino que debemos de recorrer; pero ¿hacia dónde hay que ir? El don de temor de Dios que es el principio de la sabiduría; pero ¿qué es la sabiduría? Sin Jesucristo nada de esto nos puede unir en Maranatha.

Tampoco el Espíritu Santo es un buen principio de unidad. El obispo se congratuló de que hiciéramos a Cristo centro de la oración. Tenía miedo que fuéramos una iglesia del Espíritu, es decir, una iglesia burbuja, autista y enajenada de la realidad y de la encarnación. Dicho con otras palabras, tenía miedo, como tanta gente, de que fuéramos una secta o un grupo de alumbrados o... Jesús nos dijo que el Espíritu no hablaría de lo suyo sino sólo de lo que oyera. No trataría de llevarnos a sí mismo. Sin Cristo todo el ámbito de la fe sería pura proyección de nuestras carencias y necesidades; fantasías creadas por nuestra psique para consolarnos ilusoriamente.

Entre los dones del Espíritu destacamos los carismas. Pues bien, ningún carisma puede ser un buen principio de comunión que nos impulse a la unidad y al crecimiento. Sin Jesucristo los carismas en el orden religioso no pasan de ser conjuros, hechicerías y pura magia; en el orden natural no serían otra cosa que bellas cualidades. No solamente no nos unirían sino que nos separarían. Los carismas sin Jesucristo pasarían a ser propiedad personal de sus portadores los cuales nos someterían a sus criterios y dictadura.

El día que se pronunció esta homilía se había pedido repetidamente durante la alabanza que abundaran los carismas en la comunidad. La cercanía de Pentecostés hacía el momento propicio para dichas peticiones. Estábamos ya, sin embargo, sumergidos en un serio conflicto. Por eso a mí me chirriaban tales peticiones, de modo que cuando al hablar insistí en la necesidad de ir a Jesucristo más que a pedir carismas, ciertas personas se molestaron. Con ello se cerraron y no escucharon más. Alguna de ellas me lo hizo saber. Yo creo que no obraron bien sino que hubieran debido seguir escuchando porque la palabra iba diciendo que nuestro principio de

crecimiento y de unidad sólo puede darse en la cruz de Jesucristo. Esa cruz fue la que cambió la historia, la que hace real nuestra pretensión de llegar a Dios. Cualquier otra cosa nos sublimaría y nos sacaría de la encarnación.

La gente que protestó buscaba lo que el obispo temía. Lo que allí resonaba, sin embargo, es que nuestro crecimiento y autenticidad pasa por la carne de Cristo, por su humanidad, por su sangre, por ese cuerpo entregado que es nuestro propio cuerpo y que al ser resucitado entra y nos alcanza una vida nueva. La resurrección no es sublimación sino don y gracia porque brota de la pobreza, de la humildad lóbrega que tiene un cadáver en la tumba. Esa pobreza y ese destino nos unen a todos en la humanidad pobre de Jesucristo que termina en la muerte y es resucitada. El cristianismo no afeita la realidad ni la camufla sino que nos la hace enfrentar con total realismo, pero en Jesucristo.

El conflicto estaba iluminando nuestra realidad de pecado y nosotros queriendo huir de ella con carismas, virtudes o riquezas. Precisamente cuando nuestro pecado es lo más bello que tenemos ya que es lo que Cristo ha comprado de nosotros y a un alto precio. El pecado entregado, el pecado rechazado, el pecado del que ya no queremos vivir más, es lo que más nos une con Cristo y a través de él con Dios. También es lo que más nos une a nosotros y nos integra en comunidad. No somos una comunidad de perfectos sino de pecadores a los que el Espíritu les está mostrando un camino de superación. Vivir juntos el pecado entregado es nuestro más bello principio de unidad, es la encarnación asumida y sometida al que la puede redimir. Amarnos en nuestra debilidad, en nuestra fragilidad e impotencia, en nuestra pobreza es lo que nos da unidad. La riqueza nos separa, a no ser las que recibamos por puro don.

Maranatha alaba a Dios en Jesucristo y sólo en él, en su humanidad, que es donde se ha realizado la salvación. En él fue reconstruido lo que tomó de nosotros, es decir, nuestra carne y sangre pecadora e infectada. Las salidas a esta experiencia de muerte y humillación son dos: la primera es la resurrección a una vida nueva que, en parte, ya podemos experimentar en esta vida. El poder del Espíritu que nos viene por el resucitado alegra nuestra alabanza y trasciende todas las muertes por las que tenemos que pasar. El gozo de la alabanza se plenifica en la esperanza que supera toda contrariedad. La otra salida es la revelación del Espíritu de que el hombre Jesús en el que se realiza todo el misterio de la salvación tiene personalidad divina, es decir, está unido substancialmente con el Verbo de Dios, lo cual de cara a nosotros quiere decir que nuestra salvación es de una calidad inimaginable: nos hace nada menos que partícipes de la naturaleza divina. Estas son las grandes experiencias a las que estamos llamados.

La humanidad resucitada de Cristo coronada por su personalidad divina es el primer habitante de la Nueva Creación. Lo que signifique ese nuevo País no nos es dado imaginarlo todavía. El camino, sin embargo, para acceder a él, sí lo conocemos. No es otro que la reconciliación del pecado en nuestra carne por la gracia de la carne reconciliada de Cristo, todo por designio eterno del Padre de los cielos. Yo pienso que en esta pobreza sufrida y glorificada podemos centrar la espiritualidad de Maranatha, sin irnos por las ramas. En realidad el Espíritu siempre nos ha llevado por aquí. Él, día a día, nos acerca al conocimiento y disfrute de este misterio que no sucede en el aire sino en el acontecer de nuestras horas y en el pasar de nuestros años a los que da sentido y plenitud.

Maranatha ha tenido que superar muchas tentaciones y resistir muchos embates de los que querían llevarnos por otros caminos, aparentemente más vistosos. Las críticas han sido continuas desde el principio, siempre en la línea de nuestra carencia de carismas. Pienso que por una especial providencia del Señor no nos hemos desviado. Yo me alegro porque cuando sacerdotes, seminaristas y seglares serios me preguntan por el núcleo de nuestra experiencia no se interesan por el número de descansos en el espíritu que tenemos sino por nuestra teología de base y para saber cuál es el Cristo que aquí predicamos y sobre el que escribimos. ¿Desde dónde queremos ayudar a la renovación de la Iglesia?

Sin embargo, nuestro mayor enemigo somos nosotros mismos. Cuando nuestra identidad desfallece en nuestro propio corazón es cuando se amontonan los peligros. Yo sé que esa homilía no fue prohibida por una carencia de base en los que la prohibieron sino por la presión de su contexto. No obstante, lo hicieron y lo hicieron mal, sin que hasta ahora se hayan enmendado a pesar de que lo hemos hablado varias veces y en conversaciones pacíficas. Esa larga obstinación es lo que me resulta más extraño. En fin, es una parte de lo que somos y de lo que voy a decir.

Como digo lo más bello que se me ha dado a mí en Maranatha es el descubrimiento de la humanidad de Jesucristo. No una humanidad teórica, sino sangrante, vital, débil, la que te está destruyendo a ti con tu hijo drogadicto o con tu cáncer. Preveo desde ahí las riquezas insondables que se encierran en la carne de Cristo que pasó por todo lo tuyo. Maranatha me ha abierto a la experiencia fascinante de la encarnación. Algunos me dicen: “Pero también amarás al Padre y al Espíritu Santo”... Sí, pero la puerta para nosotros es la carne de Jesucristo. Cualquiera que ame a Dios, al Padre o al Espíritu Santo sin pasar por la humanidad de Jesucristo lo único que hace es adorar sus propias fantasías y carencias humanas. Es como si uno al

entrar en una habitación oscura en vez de buscar la llave o el interruptor buscarse la bombilla. El que sea capaz de amar a la Trinidad desde su realidad rota por la miseria, el pecado, la enfermedad y la muerte, como Jesucristo, está en el buen camino, descubrirá la bombilla o el foco que irradia toda luz.

Los peligros más graves que nos apartan son la teoría y las evasiones entre las que pueden estar, como comentaba en la homilía, los carismas. Yo sé muy bien lo que es un carisma pero también sé lo que es un carisma-evasión. Por eso agradezco también mucho mi formación. Estudié la Teología en Alemania y allí me imbuí de los sentimientos fenomenológicos, corriente filosófica muy en boga en aquellos tiempos. Uno de los principales representantes de esta corriente fue Santa Edith Stein. Esta corriente inyectó en mi alma un algo de sospecha contra las burbujas intelectuales e incluso contra la pura especulación racional. Creo que si no se las frena y embrida son altamente evasivas. Hay gente cuya religión es puramente cerebral y su expresión externa no supera lo ritual. En esa filosofía aprendí yo a valorar el conocimiento vivencial que me ha resultado a la medida de la experiencia del Espíritu. En efecto, el Espíritu siempre actúa en nosotros vivencialmente. Cualquiera de los siete dones o de los frutos no se perciben sólo en el intelecto sino que son sabrosos y vitales. La mística se nutre de un conocimiento vivencial.

Este conocimiento nos hace captar un Cristo no solo cerebral sino cordial con el que se entabla una relación viva, profundamente humana. El Señor deja de ser un objeto pensado y pasa a ser un tú con el que se intima. Esa es la gran diferencia. Los místicos ya conocían ese tú de intimidad pero los filósofos no, y es importante que se haga también experiencia filosófica porque nos abre el camino de la mística hacia el hermano. Sólo desde ahí podemos entender a la comunidad como cuerpo de Cristo. Mi relación con el tú de Cristo me hace captar, ayudado por la filosofía, el tú de mi hermano en comunidad. Por eso el Espíritu nos tiene que llevar de inmediato a la carne de Cristo; no a Dios que nunca dejaría de ser un concepto. Desde la carne de Cristo salvada en la resurrección y deificada en la naturaleza yo me puedo relacionar con un Dios vivo y una Trinidad viva más allá de todo conceptualismo. De ahí que, como consecuencia, yo me pueda relacionar también con un hermano vivo, a saber, que ha recibido como yo la vida de Cristo.

Maranatha es un pueblo en el que siempre se ha buscado el tú de Jesucristo pero también el del hermano. Las relaciones siempre han sido de profunda fraternidad. Al terminar la oración la mayoría no suele irse a casa sin más, sino que por grupos según afinidades o circunstancias, dado que somos muchos, nos reunimos a tomar algo y compartir. Algunos no ven en

esto más que relajación y mundanidad pero otros que lo venimos haciendo desde más de treinta años damos gracias a Dios por la inmensa riqueza de tantos corazones con los que hemos compartido. Si nos hubiéramos limitado a la oración, el tú de muchos hermanos nos habría sido desconocido y, por lo tanto, hubiera carecido de base humana nuestra relación espiritual. El gozo de nuestra experiencia en común, hubiera carecido del calor del tú a tú. Jesús, según nos cuentan los evangelios, paraba poco en casa; siempre se le ve con gente, incluso comiendo y bebiendo con ellos.

Al llegar a este punto en la homilía cité a San Agustín diciendo que la comunidad e incluso la Iglesia son a la vez santas y prostitutas. La santidad se la garantiza el Espíritu de Jesús resucitado y lo que de él hemos acogido, el resto es prostitución por nuestro pecado de base. No hay que escandalizarse de nuestra prostitución y pobreza porque ahí es donde trabaja el Señor para transformarnos y hacernos uno como dice el evangelio de hoy. Es más, yo necesito tu pobreza para calibrar la mía y ver la obra de Dios en ti. Yo no quiero una comunidad de perfectos sino de gente abierta a la obra del Señor. El problema se origina cuando una prostituta dice: “Yo soy”. En ese momento, como dice Jesús, esa persona se instala en la cátedra de Moisés y se comienza a robar el protagonismo y la gloria a Dios y, por tanto, a resquebrajarse la comunidad que no puede tener otro fundamento que el que tiene.

La pobreza de la que hablo es espiritual y se identifica con la impotencia e incapacidad de hacer nada por nuestra parte. Sólo el Espíritu Santo puede ahondar en nosotros esa pobreza e iluminarla. Una vez iluminada sabemos que es un abismo teologal que invoca la gratuidad total del Señor. Ese pobre no se escandaliza de sí mismo ni de su pecado porque es lo que hace real su pobreza de Espíritu. Por eso el Señor no le quiso quitar el agujón a San Pablo porque le quería pobre para toda la vida, no sea que se creyera algo. Por lo tanto, la relación y la unidad con el hermano que pide Jesús en este evangelio no es algo que viene del pasado, de haber vivido juntos muchos años, sino que nos viene de Jesucristo de estar unidos con él. La pobreza de los demás es el antídoto contra nuestra autosuficiencia y si la asumimos como propia no nos hará daño ni romperemos el cuerpo de Cristo. Para que exista una comunidad es necesario que el Espíritu ilumine mi pobreza hasta el punto cero y también la de los demás para que poniéndolas en común caminemos todos juntos hacia la riqueza que es Cristo.

Como he dicho, una homilía que trata de estos temas debe ser bienvenida, nunca maltratada. Los sucesos de los que me fui enterando poco a poco, me robaron ya en serio la inocencia. Me enteré de que hubo protestas, discusiones airadas y neuróticas, decisiones, como en los mejores tiempos de la censura, de aparcar y retirar de la circulación la grabación informática. Todo ello me obligó a mí y a otras muchas personas, que nunca desearon nada semejante entre nosotros, a sospechar que había un fondo de actuación que se nos escapaba. ¿Qué es lo que puede motivar la prohibición de semejante homilía?

Lo dejo ahí porque no me agrada profundizar más en este tema. Sin embargo, estoy seguro de que el tiempo va a hablar. Ya está hablando. A los pocos días de esta homilía, el día de Pentecostés, tuve una palabra y de esa palabra me viene el impulso interior para poder escribir estas cartas, si bien me prohibió predicar en Maranatha durante un año. Sin darnos cuenta y sin querer, se fueron tensando las relaciones en los meses siguientes. La predicación de la gratuidad, al menos la que yo represento, al cumplirse el año de silencio, fue soslayada como ya lo había sido antes. El Seminario que vengo dando desde hace muchos años se lo encargaron a otro equipo, lo cual, en tiempos de paz, no hubiera significado nada pero en tiempo de guerra fue una grave imprudencia con lo que se colmó el vaso de algunos. Todo ello sin que yo tuviera ningún interés porque el cáncer oculto del que más tarde me operaron ya corroía mis entrañas. El día 1 de Febrero de este mismo año 2009 tuvimos una borrascosa reunión que terminó con la dimisión del equipo de discernimiento, entregando a la Regional la dirección de Maranatha. A la Regional le pareció bien suprimir la predicación y así llevamos varios meses. En las reuniones de los miércoles se alaba simplemente, siendo curioso cómo, pese a todo, el Espíritu unge tales alabanzas.

Así nos encontramos ahora a finales de Junio. Me parece que es tiempo de orar y de orar mucho. Jesús dijo: *“¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”*. Pedro contestó: *“Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte”*. Jesús le replicó: *“Te digo, Pedro, que cuando cante esta noche el gallo ya me habrás negado tres veces”* (Lc 22, 31-34).

Siempre he pensado que por lugares donde hay una calidad de gracia tan alta como la que existe en Maranatha, merodea Satanás. A este ángel caído no le gusta Maranatha. Si miramos la larga experiencia de la Iglesia no tiene por qué extrañarnos. Jesús le dijo a Pedro y a todos nosotros: *“Yo he orado para que vuestra fe no decaiga, pase lo que pase”*. Que nada nos escandalice. La criba puede hacer tambalear algunos de nuestros cimientos;

tal vez lo necesitemos. Dios no quiere un pueblo instalado y adormilado; quiere despertarnos del sueño placentero. Siempre será para bien porque el Señor que comenzó la obra, Él la llevará a feliz término.

Madrid, Junio 2009

Chus Villarroel O.P.